

RAZÓN FENOMENOLÓGICA DE LA UNIDAD LINGÜÍSTICA

En la larga, y aun no dirimida, controversia sobre la arbitrariedad del signo, cuantas veces se ha querido precisar la posible ambigüedad del término «arbitrario» se ha acudido a «inmotivado».

Dice el mismo Saussure: «El signo lingüístico es arbitrario... La palabra 'arbitrario' necesita también una observación. No debe dar idea de que el significante depende de la libre elección del hablante... queremos decir que es *inmotivado*, es decir, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural».

Señala ya Saussure, eso sí, algunos casos de excepción, como son las onomatopeyas e interjecciones, y también ciertas formaciones de compuestos, como, por ejemplo, los del tipo representado por *diecinueve* o de derivaciones como la que supone *peral* respecto a *pera*.

Si bien Benveniste, con la agudeza crítica que le es habitual, objetó que en el recurso a la comparación con la realidad Saussure introducía de hecho un tercer término no implícito en la definición del signo, Ege, a su vez, en una detallada exposición de la discusión general sobre este punto, replicaba precisando el pasaje saussuriano, pero manteniendo —y esto es lo que nos interesa destacar— la equivalencia de «inmotivado» con «arbitrario». E igual identificación encontramos en los demás autores que se han sumado a la resolución del problema.

Y, sin embargo, si en el terreno de las discusiones teóricas toda posición de principio es, parece, lícita y defendible, el contacto directo con los hechos de las lenguas se nos impone con el peso de su evidencia incontrovertible.

Y así veríamos cómo, por el contrario, en uno, otro y otro más casos, es precisamente una motivación lo que subyace en la raíz misma del impulso decisorio que ha llevado a una determinación lingüística.

Puede que las motivaciones para cada caso concreto no hayan sido las mismas en todas las lenguas. Es el argumento —un tanto ingenuo, sorprendentemente— de la variedad de significantes que en las diferentes lenguas corresponden a significados idénticos. Pero ello no desvirtúa el hecho de que en cada uno de ellos se haya partido de una motivación concreta y precisa.

Aparte de que, como ya hemos destacado con parecida finalidad en anteriores estudios nuestros, las lenguas que hoy día usamos son sistemas derivados de los sistemas de lenguas anteriores, y fue en esas otras lenguas donde se formaron la mayor parte de nuestras unidades de lenguaje, unidades que han llegado a nosotros desconectadas ya de su antigua red de relaciones. Y allí sería, en todo caso, donde habría que buscar su primigenia motivación.

En coincidente paralelo, pues, con la historia de los cambios lingüísticos podríamos seguir la paulatina —brusca, según las ocasiones— desvinculación del signo lingüístico respecto a la motivación que constituyera su punto de partida. Y ello tanto dentro de la evolución de una misma lengua como en su transformación para dar lugar a nuevos sistemas lingüísticos. Hecho que puede repetirse en nuevos estadios sucesivos, como ejemplificaría, para citar un caso concreto, el paso del indoeuropeo al latín, y de éste a las lenguas romances neolatinas.

Este proceso de desvinculación de la motivación originaria podrá discurrir a lo largo de distintos caminos, bien porque unas veces sea debido a alteraciones de carácter fonético que desdibujen la forma inicial del signo, bien porque otras veces responda a alteraciones de los elementos morfológicos constitutivos, o bien porque derive de extensiones o transferencias de su contenido significativo.

En todo caso, el resultado final del proceso habrá dado lugar a una relación de significado y significante desprovista ya de toda

aparente —o sentida— relación vinculativa. Y ello puede explicar, aunque no justificar, la doctrinaria persistencia sobre el carácter inmotivado del signo lingüístico.

* * *

En el nivel de la sustancia fónica, numerosos estudios sobre el particular no sólo han alargado el escaso número de onomatopeyas —auténticas las llama Saussure— admitidas en el *Curso*, sino que han legitimado la extensión de este tipo de motivación a campos mucho más amplios y productivos, como pueden ser los comprendidos por los conceptos del *Sound symbolism*, el simbolismo fonético y la expresividad sonora, tal como han sido magistralmente desarrollados en los tratados de Grammont, Sapir, Ullmann, Marouzeau. Graur y Fonagy.

Pero también cuenta, y esto se irá haciendo cada vez más evidente, la presencia e importancia de la motivación en los niveles del léxico, de la semántica y de la etimología. Tanto es así, que podríamos sentirnos tentados a invertir la escala de valores que llevaba a Saussure a concluir: «En cierto sentido —que no hay que extremar, pero que hace palpable una de las formas de esta oposición— se podría decir que las lenguas en que lo inmotivado llega a su máximo son más lexicológicas, y aquellas en que se reduce al mínimo son más gramaticales».

Las familias de lenguas que, como la nuestra indoeuropea, fueron primero objeto de interés preferente para los estudios histórico y comparativo y han sido después sometidas al riguroso escrutinio del método estructuralista, podrían proporcionarnos abundante acopio de material, contrastado y objetivo, con el que ir ilustrando la motivada formación de los campos semánticos y de las unidades léxicas significativas.

Y también aquí, y aun sin pretender pormenorizar una ejemplificación detallada de toda la casuística previsible, se puede señalar que han de ser numerosas y diversas las formas bajo las que puede manifestarse la motivación lingüística.

Los étimos indoeuropeos a que remontan muchas de nuestras unidades lexicales venían inspirados por referencias a aspectos o cualidades que impresionaban particularmente la imaginación del hablante: *luna*, por ejemplo, que ninguna sugestión de origen en-

cierra para nosotros, sí en cambio la tenía para los que acuñaron el término primitivo de **louksnā* «la brillante», y si bien no idéntica, también implicaba motivación el antiguo origen germánico del alemán *Mond*, inglés *moon*, emparentado con el griego $\mu\eta\nu$ y el latín *mensis*, por la duración mensual de sus fases periódicas.

La metáfora, que constituye precisamente la base de definiciones de aproximación simplista —se dice, por ejemplo, para describir algo desconocido: «es como...», «algo así como...»—, está también en el origen de muchas denominaciones. Nosotros mismos, en la comunicación sobre Toponimia que, en 1970, presentamos al X Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas celebrado en Viena («Nombres de lugar en documentos latinos medievales», *Disputationes ad montium uocabula aliorumque nominum significationes pertinentes*, Viena, 1970, págs. 285-291), señalábamos el carácter genérico de tal tipo de formaciones, ejemplificándolo con voces de nuestros romances hispánicos procedentes por metáfora de raíces latinas de otro significado. Así, numerosas palabras latinas al ser aplicadas mediante metáfora para designar accidentes geográficos desarrollaron en las lenguas romances una nueva acepción, bien apartada a veces de la originaria: el latín *serra* 'instrumento de aserrar' se convirtió en el cast. *sierra* y cat. *serra* 'cadena de montañas'; también en virtud de una metáfora *costa* 'costilla, costado, lado' al pasar al romance se aplicó al 'costado o ladera de la montaña, terreno en pendiente'; *gradus* 'paso, marcha, peldaño' dio *grado* en castellano y *grau* en catalán, desarrollando entre otras la acepción de 'paso llano que atraviesa una costa abrupta'; de una de las acepciones del latín *portus* 'abertura, paso' se pudo llegar fácilmente a 'collado, paso entre montañas', y así sucesivamente.

Por otra parte, en la creación de neologismos dentro ya de nuestras lenguas, podemos también advertir la actuación de idénticos principios motivadores, salvo que hayan sido introducidos como préstamo de otras lenguas, en cuyo caso se limitarán también a retrotraer la motivación a la lengua en que tuvieron su inicio. Numerosísimas son las formaciones etimológicas que en el caso de la terminología científica tienen principalmente su origen en las lenguas griega y latina.

Y en las palabras de estricto nuevo cuño se indicará una vez el lugar de procedencia de un producto: *jerez*, *champán*, préstamo

para nosotros, pero fenómeno idéntico dentro de la lengua francesa, también *damasco*, *sevillanas*. Otras veces será la finalidad de un uso: *paraguas* que paradójicamente en inglés es *umbrella* porque en su origen correspondía a nuestra *sombrilla*, *sunshade*, *parasol*; también *pararrayos*; etc. Nombres de colores según las cosas que los ostentan: *violeta*, *añil*, también *anaranjado*, e inversamente el color dando nombre a un objeto: *verdet*, en catalán; en francés *rouge* como lápiz de labios; también en castellano *colorete*, rojo para las mejillas. Y así en prácticamente interminable desfile iríamos desplegando el enorme abanico de posibilidades de motivación en la creación lingüística.

También los nombres propios figuran repetidamente en el inventario de formación de neologismos, ya conservando el recuerdo de determinadas cualidades o características: un *mecenas*, protector de artes y letras, o bien perpetuando un invento o descubrimiento, sea cual sea su importancia o categoría, puesto que ha valido tanto para la feliz ocurrencia de Lord Sandwich como en el caso del Conde de Zeppelin para el dirigible.

Particular importancia revisten las formaciones de composición y derivación —antes ya hemos visto alguna— que ya el propio Saussure había señalado, si bien él con carácter de excepción que no desvirtuaba la inmotivación del signo, y que para nosotros constituyen uno de los testimonios más persistentes y vivos de la motivación lingüística: *lavaplatos*, *cuentagotas*, *tentempié*, *bluebell*, *pickpocket*, *breakfast*, *handbook*... Y, junto a la composición, la derivación prefixal y sufixal en nombres, verbos, adverbios y adjetivos.

O la composición por siglas, ya conservando su individualidad cada elemento, o bien perdiéndola cuando su significación particular ya no es más sentida: *USA*, *ONU*, *Renfe*, *Seat*, *Cou*.

Y así, rastreando en todos los tipos de formación lingüística, es con verdadera dificultad como llegaríamos a detectar formaciones enteramente inmotivadas y arbitrarias: *scoubidou*, por ejemplo, y que en todo caso serían ellas mismas la excepción, invirtiendo totalmente la formulación saussuriana primitiva.

Pero a este respecto no puede dejar de tenerse en cuenta que, como Martinet oportunamente recordaba: «Al igual que muchas de las obras cuya publicación no ha recibido la sanción de su autor,

el *Curso* representa... un estadio de pensamiento en período de desarrollo».

O como muy acertadamente apuntó Jakobson durante los días de su última estancia entre nosotros: para comprender la posición relativa de Saussure respecto al *Curso* se podría decir que sus seguidores han puesto un punto conclusivo donde Saussure habría puesto un signo de interrogación.

Y coincidía también Godel —en «Nouveaux documents saussuriens», *CFS* 16, pág. 32—: «Une certaine ambiguïté subsiste dans les notions fondamentales du signe, du caractère arbitraire, de valeur. Il appartient aux linguistes saussuriens de chercher à saisir la pensée du Maître sous sa forme, sinon définitive, du moins la plus profonde».

* * *

Es aquí donde nos conviene recoger el hilo de la argumentación que habíamos iniciado en anteriores trabajos nuestros, y ahondar nuevamente en una distinción que consideramos de relevancia cierta para la comprensión de los fenómenos del lenguaje, distinción que rara vez había sido establecida anteriormente con claridad y que, desde luego, nunca fue mantenida de modo sistemático y consecuente.

Nos estamos refiriendo con esto al deslinde previo entre dos aspectos del lenguaje, o dos momentos, si se quiere, puesto que implican entre ellos una secuencia de orden cronológico. Y que son, por una parte, la definición de los elementos del lenguaje según vienen determinados por las funciones y relaciones que guardan dentro de un sistema lingüístico, y, por otra parte, la gramaticalización previa de estos elementos, o sea, el proceso de sistematización por el que fueron integrados en el conjunto de estructuras paradigmáticas y sintagmáticas que constituyen aquel sistema.

Esta distinción es la que hemos preconizado, y aplicado consecuentemente, en «Función semántica y nivel lingüístico» (*RSEL* 1, 1971, págs. 391-401) al tratar de determinar la función que cabe atribuir al significado en la formalización de los sistemas lingüísticos, o sea, hasta qué punto cuenta o está presente el significado en la formación y ordenación de las estructuras de la lengua. Insistimos sobre el particular en «Interaction of Linguistic Levels», pu-

blicado primero en *Abstracts of the XIth International Congress of Linguists*, Bolonia, 1972, págs. 169-174, y posteriormente en los *Proceedings* correspondientes, Bolonia, 1975, págs. 307-313. Y ya de modo más programático y sostenido hemos desarrollado la formulación de esta distinción conceptual en «Categorización, categoría y realización», *RSEL* 2, 1972, págs. 389-407.

Aplicándola también ahora aquí en sus implicaciones respecto a la motivación lingüística, veríamos cómo la aparente incompatibilidad que existe entre los dos términos «arbitrario» y «motivado» pierde su posible punto de fricción si observamos que, en los ejemplos antes aducidos, la motivación ha operado siempre en la etapa de formación de la nueva unidad lingüística, que es parte del proceso que ha seguido cuando gramaticalizándose, por abstracción, pasa a pertenecer al sistema.

Y a ello se añade que, por el hecho mismo de su incorporación a un sistema dado, los signos y categorías lingüísticas se ven engranados en una red de relaciones mutuas en que nuevos cambios, impuestos por este condicionamiento recíproco, vienen provocados en encadenada sucesión: posición relativa en un campo semántico, adscripción a casillas vacías, «shiftings» o desplazamientos correlativos, apofonías, asimilaciones, metátesis, analogías, fenómenos de polarización y de asociación opositiva.

Los discípulos de Saussure, que se veían obligados a admitir la motivación como concesión y en continuo regateo, observan que sólo es válida para una determinada época, y que sólo tiene fuerza durante un corto tiempo. Pero esa duración, aunque breve, la ven situada siempre dentro del propio sistema lingüístico.

Verdad es que para que el acto comunicativo verbal pueda ser efectivo, el sistema lingüístico por el que se realiza debe estar presente en él estáticamente, es decir, de modo sensiblemente fijo. Si las estructuras fundamentales del sistema fueran alteradas en la zona de variabilidad permisible —y a ella volveremos más adelante—, la comprensión se vería anulada, o al menos oscurecida, por haberse separado el hablante de la convención previamente establecida que el oyente compartía.

Ésta es la justificación de Saussure en su concepción estrictamente sincrónica de los sistemas lingüísticos. Pero, consecuencia no intuitiva por él, es una acepción perfectiva de las lenguas —de resul-

tado adquirido— la que subyace en la definición de lengua en Saussure en sus notas de convencionalidad compartida.

La distinción previa, pues, de estos dos conceptos, diferentes pero implicados necesariamente el uno por el otro: el lenguaje como proceso y el lenguaje como resultado —no *energeia* o *ergon*, sino *ergon* resultante de una *energeia* previa— y que se realizan en el orden dinámico el proceso y en el orden estático el resultado, no sólo permite completar armoniosamente sincronía con diacronía, sino que reintroduce la diacronía dentro del mismo plano sincrónico del sistema cuando la creatividad que puede seguir operando en aquel margen permisible a que antes nos referíamos permite al hablante ir proponiendo ciertas variantes que —entendidas con ayuda del resto del mensaje— pueden acabar por ser finalmente aceptadas y compartidas, e incorporadas por tanto al propio sistema lingüístico.

Creemos, así pues, nosotros, que al considerar el sistema lingüístico como resultado de un proceso de gramaticalización, y al adscribir la motivación a esa fase previa en que se realiza la sistematización, no sólo restablecemos límpidamente el carácter arbitrario del signo lingüístico, sino que proporcionamos además buena base para comprender ciertos fenómenos del lenguaje que dependen de esa condición de arbitrariedad que el signo detenta en su valor funcional dentro del sistema lingüístico, cuando no sólo no es ya sentida, sino que incluso se ha alterado fundamentalmente la relación con el origen motivador del signo lingüístico.

El signo se alinea así ahora junto a las demás unidades o categorías lingüísticas, compartiendo su valor de abstracción convencional por el que, una vez incorporadas al sistema, se independizan hasta tal punto que pueden prescindir totalmente de la realidad extra-lingüística de su origen.

Tal abstracción no responde al mito de la caverna en el que las sombras siguen siempre los movimientos de la realidad no perceptible que las proyecta y perfila. Sino que aquí la sombra, una vez que ha aparecido sobre la superficie blanca y lisa, cobra independiente animación para seguir ella sola su propia vida.

Así, en la identificación de las unidades fonológicas es hecho bien conocido que la percepción sólo se realiza según los moldes o esquemas mentales que ha producido el hábito lingüístico. El hablante

español, por ejemplo, poseedor de un repertorio vocálico de cinco elementos, al recibir el *continuum* de la onda sonora producida por el hablante de un sistema lingüístico diferente, el inglés standard por ejemplo, que tiene un vocalismo de doce unidades fonológicas distintas, sólo podrá agrupar recurrencias según los cinco órdenes o tipos que le son conocidos, excepto el caso, naturalmente, de un adecuado entrenamiento lingüístico contrastivo.

Más aún, incluso sin salirse de un mismo sistema lingüístico, está ya comprobado experimentalmente, y esto es en verdad un hecho en extremo sugestivo, que la percepción de determinadas unidades lingüísticas puede haber sido provocada por rasgos que pertenecían a otras unidades distintas.

No queremos referirnos con ello a los casos de falsa interpretación ocasional inducida por hechos situacionales o de contexto, como ocurre en el ejemplo favorito de Gimson, en que al narrar una visita a un parque zoológico y enumerar las largas hileras de jaulas con sus *elephants, leopards, tigers, liars, monkeys...*, etc. no ha suscitado nunca hasta la fecha una reacción exclamativa o de comentario como «Pobrecitos allí dentro, no había para tanto por unas cuantas mentiras», ya que los oyentes no pueden compadecer a los embusteros encerrados con los elefantes, leopardos, tigres y monos, puesto que no es [ˈlaiəz] *liars*, sino [ˈlaiənz] *lions*, la palabra que el oyente ha recogido, enmarcada como estaba dentro de una coherente serie enumerativa.

Queremos nosotros aquí referirnos a otros casos de mayor relevancia lingüística cuando los rasgos pertinentes que definen a una unidad lingüística son sustituidos de modo permanente y sistemático por otras características que antes eran redundantes o complementarias, o que pertenecían incluso a otra unidad distinta, y sin embargo sigue siendo aquella misma unidad lingüística la que hablante y oyente se transmiten.

Los estudios de sustitución de estímulos, por otra parte, corroborando hechos lingüísticos experimentalmente comprobados, nos permiten llegar ya a conclusiones de una cierta amplitud.

Así, en inglés moderno la oposición entre las oclusivas dentales sorda y sonora, en posición final, no viene definida ya precisamente por la oposición no-sonoridad / sonoridad, sino por la mayor duración de la vocal precedente, independientemente de la cantidad pro-

pia que ésta tenga, como ocurre, por ejemplo, entre los pares *bit/bid* para /i/, *feet/feed* para /i:/, o *site/side* para diptongo. Incluso en posición medial, según Wang y Fillmore, doble dental sorda y doble dental sonora en ciertos dialectos americanos es este tipo de oposición lo que las distingue.

Por todo ello, cuando hablamos de la segmentación lingüística de un *continuum* externo, según las recurrencias que en él se observan, debemos tener presente que esta observación puede estar en todo caso moldeada por unos hábitos mentales, aquí los de comportamiento lingüístico, previamente contraídos. Cuando el niño aprende y graba en su mente las unidades de su sistema lingüístico, está a la vez adquiriendo unos moldes prefijados que aplicará necesaria e inevitablemente a su experiencia futura.

Y así tan cierto es que en la lengua de una comunidad social podemos ver reflejada su peculiar manera de aprehender la realidad circundante, como que las categorías del lenguaje pueden a su vez condicionar la percepción de esa realidad que quizás —y eso con toda seguridad en Lingüística— sólo sea realidad en cuanto ha sido conceptualizada y aprehendida.

Es posible que con esto parezcamos estar volviendo a ciertos pronunciamientos de la fenomenología. Pero, aun de ser así, estaríamos en correspondencia con ese movimiento oscilatorio por el que la Ciencia del lenguaje parece volver una y otra vez a unas posiciones que, fundamentalmente, siguen siendo siempre las mismas.

Bien podríamos recoger aquí, por vía de ejemplificación, la observación de von der Gabelentz, en *Sprachwissenschaft*, sobre la evolución de las lenguas, y decir que si, efectivamente, la Lingüística, en la andadura de su progreso, recorre un camino en espiral que vuelve a pasar una y otra vez por las mismas posiciones, esa espiral adquiere cada vez mayor amplitud de onda, para abarcar un poco más o un poco mejor la rica complejidad de factores, matices y relaciones que encierra ese fenómeno tan esencialmente vinculado a la naturaleza misma del hombre que es el lenguaje.

EULALIA RODÓN